

CAPÍTULO X.

POUJOLAT Y LAMARTINE EN LOS MISMOS LUGARES.

EL monte de los Olivos, su huerto, y el Cedron son objetos tan tristes, tan graves y solemnes que ninguno llevará á mal que se le presenten los grandes y melancólicos pensamientos que ofrecieron á otro viagero moderno poco conocido todavía.

El Jardin de los Olivos, dice, no está léjos del Santuario de la Virgen. Los ocho olivos que aun existen en este sagrado recinto están hasta la presente en poder de los latinos. El aceite que en otro tiempo se sacaba de estos olivos, se enviaba á los reyes cristianos, y á los bienhechores de la Tierra Santa, y una parte de este aceite servia para una lámpara del Santo Sepulcro: hoy

los franciscanos se dividen las aceitunas, y de sus huesos hacen rosarios que son muy apreciados. Yo conformándome con la tradicion creo que los ocho olivos pudieron ser testigos de los sufrimientos del Salvador, porque el olivo es el árbol inmortal del oriente. Yo veo que el árbol mas triste fué escogido para estender sus ramas sobre los dolores de un Dios. De cuántos lugares respetables he visitado, el que mas me ha conmovido es el jardin de los Olivos, porque no se le ha herloseado con construcciones modernas, y hoy está enteramente como el dia en que el Salvador dijo estas palabras: *Está triste mi alma hasta la muerte.* Este suelo, estas piedras, estos árboles antiguos oyeron los suspiros de Jesucristo, vieron sus misteriosas tristezas, y á veces les he preguntado si no han conservado algunas palabras ó guardado algunos secretos que pudieran ayudarme á comprender el alma de un Dios entregado á sus angustias.

Hablando despues del valle de Josafat, dice el viagero citado: „No hay viagero que al ver el cementerio de los judíos en el valle de Josafat, no haya pensado un momento en el singular destino de los hijos de Abraham, y de Jacob. Despues de la muerte de Jesucristo, cuando un viento de maldicion dispersó al pueblo hebreo sobre toda la faz de la tierra, el primer sentimiento que tuvieron estos proscriptos indudablemente fué el de no poder mezclar sus huesos con los huesos de sus padres, porque en aquellos la costumbre mas santa, y el mas dulce consuelo, era sepultarse en la

tumba de sus antepasados. Así es, que se tuvieron siempre por felices aquellos que lograron un lugar para sus cenizas en el terreno de Jerusalem. Todos los judíos del mundo dirigen sus votos y pensamientos á la montaña de Sion. Anualmente llega allí una multitud de israelitas ancianos. Su tránsito por el mundo antes de llegar al suelo santo de Jerusalem es para ellos, lo que fué para sus padres el largo viage por el desierto, ántes de entrar á la tierra prometida: pero entónces los israelitas viajaban llevando á su cabeza un pontífice, un legislador, y un Dios, pero hoy las reliquias del pueblo de Judá pasan sobre la tierra como tribus errantes, condenadas al trabajo, y á las humillaciones sin rey, sin altares, sin profetas, y casi sin Dios, porque Israel mató á sus pontífices y profetas, y suspendió en un infame madero á aquel que fué enviado como Dios Salvador. Para este pueblo que no tiene patria en el mundo, que solo á fuerza de dinero logra la libertad de vivir y morir en la capital de sus antiguos reyes, ha llegado á ser el valle de Josafat como su última patria. Allí es donde despues de largos viages, y de las tribulaciones de su destierro, el judío errante halla su reposo bajo la piedra en el corto espacio de tierra que ha comprado para ello."

„Cuando atravieso el Cedron, cuyo lecho semejante á un barranco corta el fondo del valle, experimento el disgusto de no ver correr las aguas que á veces le ministran las lluvias de la primavera: estamos á fines de febrero, y el lecho del torrente está tan seco, co-

mo un camino de Jerusalem. Cedron en hebreo quiere decir *tristeza*, *pensamiento negro*; el torrente de la *tristeza* debe gemir al correr. El israelita, el árabe cristiano y el musulman cuando oyen el ruido de sus aguas en el silencio del valle de Josafat, creerán que salen del fondo de los sepulcros, llantos y suspiros de dolor.

Mis paseos habituales son, por la mañana á las tumbas de los reyes, ó á Getsemani; al caer la tarde, al monte de los Olivos, ó á la fuente de Siloe. Ayer habia pasado yo muchas horas en el valle de Josafat, sentado á las orillas del Cedron: no encontré á un solo hombre, ni á un pájaro, ni ser viviente; pero sí, por todas partes sepulcros y ruinas: el sol iba á ponerse en el horizonte, y sus últimos rayos doraban la cumbre del monte de los Olivos. Me vino entónces el pensamiento de que este sol era el último que habia alumbrado á los hombres, y que el día que estaba acabando era el último tambien. Ciertamente bien puede uno pensar en el fin del mundo cuando se ven las revoluciones generales que parece que precipitan el género humano á una ruina comun.

Pasamos el puente que atraviesa el torrente Cedron, dice Lamartine, y volvimos á apearnos de los caballos frente á un hermoso edificio de arquitectura compuesta, pero de un carácter severo y antiguo, que está como sepultado en lo mas profundo de valle de Getsemani, ocupando toda su anchura. Es, segun la tradicion, el sepulcro de la Virgen, Madre de Cristo, y pertenece á

los armenios, cuyos conventos eran los mas asolados por la peste. No entramos pues en el santuario mismo del sepulcro; me contenté con arrodillarme en el escalon de mármol del átrio que precede á ese lindo templo, é invocar á la Virgen, cuyo culto piadoso y tierno enseñan todas las madres á sus hijos desde las primeras vislumbres de la razon. Al levantarme, vi detras un terreno como de media fanega, que por un lado tocaba á la alta márgen del torrente del Cedron, y por el otro subia con suavidad por la base del monte de los Olivos. Una pequeña pared de piedras sueltas lo cerca, y ocho olivos, á treinta ó cuarenta pasos unos de otros, lo cubren casi todo con su sombra. Estos olivos son de los mas gruesos que he visto en parte alguna, y la tradicion hace subir su edad hasta la fecha memorable de la agonía del Hombre-Dios, que los escogió para que ocultaran sus angustias divinas. Su aspecto confirmaria, si fuera necesario, la tradicion que los venera. Sus inmensas raices, tras una vegetacion de siglos, han levantado la tierra y las piedras que las cubrian, y elevándose muchos piés sobre el nivel del suelo, presentan al peregrino asientos naturales, en que puede arrodillarse ó sentarse para recoger los santos pensamientos que bajan de sus cimas silenciosas. Un tronco nudoso, acanalado, surcado por la vejez, como con profundas arrugas, se alza cual ancha columna sobre aquellos grupos de raices, y como si lo abrumara ó inclinara el peso de la edad, se inclina á derecha ó izquierda, y deja colgar sus vastos ramos entre-

lazados, que cien veces ha herido la hacha para rejuvenecerlos. Esos ramos viejos y pesados, que se inclinan sobre el tronco, sostienen á otros mas nuevos, que se elevan un poco hácia el cielo, y de los que brotan algunos retoños de uno ó dos años, coronados por algunos grupos de hojas y ennegrecidos por algunas aceitunitas azules que caen, como reliquias celestiales, á los piés del viagero cristiano. Separéme de la caravana, que se habia quedado junto al sepulcro de la Virgen, y me senté un momento sobre las raices del olivo mas viejo y mas solitario. Su sombra me cubria los muros de Jerusalem, y su gran tronco me ocultaba á los pastores que apacentaban algunas ovejas negras en el monte de los Olivos. Solo tenia á la vista la barranca desgarrada y profunda del Cedron, y las cimas de algunos otros olivos, que cubren por allí toda la anchura del valle de Josafat. Ningun rumor subia del lecho árido del torrente, ninguna hoja temblaba en el árbol. Cerré un instante los ojos, y me puse á pensar en aquella noche, víspera de la redencion del género humano, en que el mensajero divino apuró hasta la hez el cáliz de la agonía, ántes que los hombres le dieran la muerte, por salario de su mensaje celestial. Pedí mi parte de salvacion que á tanta costa vino á traer al mundo; me representé el oceano de angustias que debió inundar el corazon del Hijo del hombre, cuando contempló con una sola mirada todas las miserias, todas las tinieblas, todas las amarguras, todas las vanidades, todas las iniquidades que

forman la suerte de los mortales; cuando quiso levantar él solo esa carga de crímenes y desventuras, bajo cuyo peso gime encorvada la humanidad entera, al pasar este valle estrecho de lágrimas; cuando comprendió que no era conveniente traer al hombre siquiera una verdad y un consuelo nuevo, sino sacrificando su vida; cuando al retroceder aterrado ante la sombra de la muerte, que sentía ya sobre sí, dijo á su Padre: „¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz!”

Levantéme, y admiré cuán divinamente habia sido predestinado y escogido aquel lugar para la escena mas dolorosa en la pasion del Hombre-Dios. Era un valle estrecho, encajonado, profundo; cerrado al Norte por alturas sombrías y áridas, que sostenian los sepulcros de los reyes; oscurecido al Poniente por la sombra de los muros pardos y gigantescos de una ciudad de iniquidades; cubierto al Oriente por la cima del monte de los Olivos, y atravesado por un torrente que revolvía sus ondas amargas y amarillas sobre las quebrantadas peñas del valle de Josafat. A algunos pasos de allí, sale un peñasco negro y pelado, como un promontorio, del pié del monte; colgado sobre el Cedron y el valle, sostiene algunos sepulcros antiguos de patriarcas y reyes, de arquitectura estraña y gigantesca, y se lanza, como el puente de la muerte, sobre el valle de las lamentaciones.

Sin duda en aquella época, el agua de las piscinas y las olas del Cedron, no agotadas todavía, regaban las pendientes del monte de los Olivos, que hoy se ha-

llan casi peladas. Jardines de granados, naranjos y olivos, cubrian con sombra muy espesa el valle de Getsemaní, que se abre como un nido de dolor, en el fondo mas retirado y tenebroso del de Josafat. El Hombre de oprobio, el Hombre de dolor, podia ocultarse allí como un delincuente entre las raices de algunos árboles, entre las peñas del Cedron, bajo la triple sombra de la ciudad, del monte y de la noche; podia oír desde allí las pisadas cautas de su Madre y de sus discípulos, que pasaban por el camino, buscando á su Hijo y á su Maestro; los rumores confusos, las aclamaciones estúpidas de la ciudad, que se alzaban sobre su cabeza para regocijarse de haber vencido á la verdad y espelido á la justicia; y el gemido del Cedron, que revolvía sus aguas á sus piés, y habia de ver muy pronto derribada su ciudad y cegados sus manantiales con la ruina de una nacion culpada y ciega. ¿Podía Cristo escoger mejor el sitio de sus lágrimas? ¿Podía regar con sudor de sangre una tierra mas arada de miserias, mas llena de tristezas, mas empapada en lamentaciones?

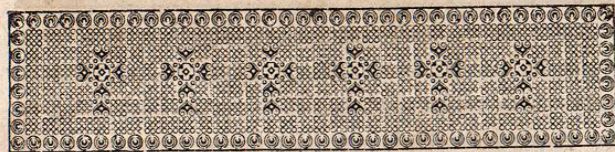
No parecerá fuera del caso poner aquí unos versos hechos para representar este terrible pasage del Evangelio.

Viendo el Hijo de Dios que ya venia
De su angustiada vida el fin tremendo,
El torrente Cedron pasa gimiendo,
Y sube al monte en que llorar solia.
Era la noche, y todo estaba en calma,
El viento, el mar, la tierra delincuente;

Solo JESUS allá en el Huerto siente
 Inmensa agitacion dentro del alma.
 La luna melancólica y sùblime
 Está alumbrando con su rayo muerto
 A tres hombres dormidos en el Huerto,
 Y al Dios del mundo, que en silencio gime.
 Hincadas las rodillas vacilantes,
 Alza las manos lánguidas al cielo,
 Alza los ojos que marchita el duelo,
 Ojos un tiempo hermosos y brillantes.
 A veces inclinada la cabeza,
 El suelo toca con la blanca frente,
 Y húmedo deja con sudor caliente
 Aquel lugar de llanto y de tristeza.
 Tal vez en tanto Salomé la bella
 Bailaba alegre como en otros dias,
 Y JESUS en sus tristes agonías
 Lloraba por Herodes y por ella.
 Al alma presentósele muy clara
 La historia de los hombres sus hermanos,
 Y al pensar en Judá, con ambas manos
 Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.
 ¡O Padre! si es posible, entónces dijo,
 Ese cáliz aparta de mi boca,
 Ten compasion del Hijo que te invoca,
 Ten compasion de tu inocente Hijo.
 Pero haz tus voluntades sin reserva,
 Hazlas, Señor, en mí, como es debido:

Dijo, y del pecho le salió un gemido,
 Y postrado cayó sobre la yerba.
 ¡Cuán otro estabas en mejores dias,
 Cuando eras tierno y balbuciente niño,
 Y de una MADRE llena de cariño
 Los abrazos y besos recibias!
 Este es el Dios, cuyo terrible trueno
 Hace temblar los montes y ciudades.
 ¡Ay como gime en tristes soledades!
 ¡Ay como tiembla de terrores lleno!
 Y no es porque le falte fortaleza
 Para desencajar la tierra y cielo,
 Sino que él mismo se humilló hasta el suelo,
 Deponiendo su honor y su grandeza.
 Viendo Dios á JESUS agonizante,
 Le dolió el corazon en lo mas vivo;
 Estaba el HIJO bajo el triste olivo,
 Convulso, desmayado y palpitante.
 Entónces haber hecho á los humanos
 Al PADRE le pesó la vez segunda:
 Allá en tiempos atras la tierra inunda,
 Mas hoy no mueve sus potentes manos.
 „¡Angel de luz, al Olivar descende!”
 Dijo en el cielo el Hacedor del mundo.
 „Infunde aliento al HIJO moribundo:”
 Y el Angel volador el aire hiende.
 Sostiene á Dios en el quebrado suelo
 Con los brazos, y animale á la muerte;

Y al ver así descoyuntado al Fuerte,
 Cubrióse el rostro con su negro velo.
 La paz en tanto ocupa estos retiros,
 Las hojas de la palma están serenas,
 Se oyen las olas del torrente apénas,
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.
 Llegada al colmo la mortal congoja,
 Clama á su PADRE con mayor vehemencia,
 Y cae segunda vez en su presencia
 Cubierto en sangre que la tierra moja.
 En tan mortal y pálido desmayo
 No quiere usar de su poder divino:
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,
 Y á su derecha encadenado el rayo.
 Mas viendo el SALVADOR que se adelanta
 Para prenderle silenciosa tropa,
 Por fin apura la tremenda copa,
 Y del suelo sudando se levanta.
 Júdas en tanto llégase al Ungido,
 Y á venderle besándole se atreve.
 ¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!



CAPÍTULO XII.

PRODIGIOS, SITIO, É INCENDIO DE JERUSALEN.

„**A**L llegar *Jesucristo* cerca de Jerusalem, poniéndose á mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo:

„¡Ah! si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz ó *felicidad*; mas ahora está todo ello oculto á tus ojos.

„*La lástima es* que vendran unos dias sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán *de contra-muro*, y te estrecharán por todas partes:

„Y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.”